

ct

John Ganymor

de
Carlos Garbajosa

(fragmento)

(...)

MARLENE

Estas heridas sólo puede curarlas la venganza.

GANYMOR

Ni siquiera tu rostro maltratado tiene la suficiente fuerza para que vuelva matar... Ese maldito ha tapado la luz de tu mirada para siempre. Pero estoy cansado...

Hace años les quitaba la vida y los arrojaba bajo el mar sin remordimiento. Pensaba que al fin y al cabo, los tiburones también tienen derecho a comer. Ahora los miro, y veo pobres diablos, despojados de sus principios, a los que sólo les queda una cosa: su vida. Y no me quedan fuerzas para arrebatarles todo lo que tienen.

Matar es difícil. Has de estar preparado para observar cómo se apagan los ojos de tu víctima, para sentir cómo su mirada se clava en la tuya durante un par de segundos antes del último aliento, o para comprobar cómo se le congelan uno a uno todos los miembros del cuerpo.

Únicamente podría hacerlo para salvar la vida de un ser querido. Si hubiera visto como ese maldito te maltrataba con mis propios ojos, si arrancarle la vida hubiera servido para evitar lo que te ha hecho, quizá... pero ahora sólo sería venganza. (*Mira fijamente una de sus marcas*). Venganza...

En nombre de ella asesiné a muchos hombres. Pero recuerdo a uno especialmente. Ese marinero, William Bratley. No era más que otro perro traidor. Lo cazamos después de haber dado un chivatazo sobre nuestra intención de asaltar un navío español cargado de plata. Entonces lo llevamos a alta mar... Pero era distinto a otros. No suplicaba, no gemía, no imploraba perdón. Sólo miraba, a los ojos, como un verdadero hombre. Tenía una sonrisa cínica que no se borraba del rostro. ¡Me enfurecía! Me prometí que exterminaría aquella sonrisa aunque fuese lo último que hiciera. Incluso si un mal rayo cayera en ese instante y un minuto después se hundiese la embarcación conmigo dentro, borraría esa prepotente expresión de su cara. Le golpee varias veces la cara y el cuerpo, pero su gesto permanecía intacto. "Eres la basura del Caribe" fue lo único que dijo.

Decidí entonces que no lo abandonaríamos en una isla desierta apartada de las rutas de navegación, como estaba previsto. Él merecía otros honores. Lo situamos sobre la cubierta atado a un cabo, por una de sus puntas. Metimos la otra punta en el agua, hasta llevarla hacia el lado contrario por debajo de la embarcación. Lo atamos de nuevo con esta segunda punta del cabo. Para evitar que tragara agua salada, introduje un trozo de grasa en su boca. El maldito me mordió con tanta rabia, que jamás he podido borrar sus huellas (*Señala una cicatriz en su mano*) Me miraba como un lobo a su presa. Yo reía, frente a él, mirándolo. Di la orden. Varios hombres lo agarraron con violencia. Sus pies comenzaron a elevarse y su cabeza pendía boca abajo. Lo arrojaron al agua. Otro grupo de hombres comenzó a tirar del cabo por el lado contrario... Se podía escuchar el sonido que producían sus huesos al ser arrastrado por debajo del casco del buque, hasta volver a ser izado por la banda contraria. Oía como rechinaba su cuerpo, pero no emitió un solo quejido. Así hasta cinco veces... Quería borrar esa expresión que ni la sangre ni los huesos rotos eran capaces de eliminar...

Al salir de la quinta pasada su cuerpo estaba completamente desfigurado y en su rostro apenas podía distinguirse la nariz de la boca. Pero había algo que permanecía visible: sus ojos ensangrentados... Esos ojos cargados de odio y dolor, que se clavaron en los míos. Ni siquiera el agua era capaz de apagarlos. Penetraron hasta mis entrañas. Entonces, por fin comenzó a gritar. Lo hacía como un cuervo herido. Y su roja mirada vigilaba cada uno de mis pasos. Yo reía, sin que

nadie pudiera notar que me costaba tragar mi propia saliva. Pedí a uno de los tripulantes que me diera su daga... Poco después, sus ojos rodaban por el suelo. Los arrojé al mar... Su cadáver estaba cubierto de sangre y agua salada. Lo miré. Lo miré. Lo miré... Sus ojos habían desaparecido, pero su mirada no. Esa mirada de fuego...

(...)